

Faint, illegible text on the left page, likely bleed-through from the reverse side.



CAPÍTULO X.

GUERRAS DE ITALIA.—PARTICION DE NÁPOLES.—GONZALO  
OCUPA LA CALABRIA.

1498—1502.

Designios de Luis XII sobre Italia.—Recelos de la corte de España.—Atrevida conducta de su embajador en Roma.—Famosa reparticion de Nápoles.—Gonzalo se hace á la vela contra los turcos.—Triunfos y crueldades de los franceses.—Gonzalo invade la Calabria.—Castiga una sublevacion.—Su munificencia.—Toma á Tarento.—Se apodera del duque de Calabria.

CAP. X.

**D**URANTE los cuatro últimos años de nuestra historia, en que el arreglo interior de la monarquía y la continuación de los descubrimientos exteriores parecian exigir toda la atencion de los reyes, en los negocios de Italia se estaba verificando un cambio de la mayor importancia. Hubiérase creído que la muerte de Carlos VIII habria disuelto las relaciones creadas últimamente entre aquel país y el resto de Europa, restituyéndole su antigua independencía. Era muy natural esperar que la Francia, bajo el gobierno de su nuevo monarca, que contaba ya una edad madura, y una esperiencia provechosa adquirida con las lecciones de la adversidad, comprenderia lo temerario que era resucitar unos planes ambiciosos que tan caros habian costado y tan desastrosamente concluido. Y tambien se podia presumir que Italia, cuyas heridas brotaban todavía sangre por todas partes, hubiera aprendido á conocer las consecuencias que producía el llamar á los extranjeros en su ayuda para sus contiendas interiores,



PARTE II. y el abrir la puerta á una inundacion que era seguro habia de arrastrar consigo á amigos y enemigos juntamente. Mas ¡ay! que la experiencia no los hizo mas previsores, y triunfaron las pasiones como otras veces.

Designios de Luis XII sobre Italia.

Luis XII, al subir al tronq, tomó los títulos de duque de Milan y de rey de Nápoles, anunciando de esta manera bien claramente su intencion de pretender derecho al primero de aquellos estados, por habersele transmitido la familia de los Viscontis, y al último por sucesion de la casa de Anjou. Su carácter, ambicioso de gloria, habia quedado enardecido y no satisfecho con la fama militar que adquirió en las guerras de Italia, y era escitado de continuo por multitud de caballeros franceses, que disgustados de una vida inactiva ansiaban un campo donde pudieran ganar nuevos laureles y abandonarse al bullicio y á la licencia de las empresas militares.

Política de aquel país.

Desgraciadamente la corte de Francia halló bien pronto instrumentos para sus planes en los malvados políticos de Italia. En especial el romano pontífice Alejandro VI, cuya criminal ambicion se enoblece algun tanto comparándola con los torpes vicios á que habitualmente estuvo entregado, dió con gusto oídos á un monarca que podia servirle tan poderosamente para sus ambiciosos proyectos de levantar estados y riquezas á su familia. La antigua república de Venecia, separándose de su diestra política ordinaria, y dejándose llevar del odio que profesaba á Ludovico Sforza, y del placer de añadir algunos territorios al suyo, consintió en juntar sus armas con las de Francia contra Milan, mediante una parte (la cual no fué ciertamente la del leon) que habia de llevar en los despojos de la victoria. Florencia y otros muchos estados inferiores, ya fuese por miedo ó por debilidad, ó por la mezquina é imprevisora esperanza de ser ayudados en sus miserables contiendas recíprocas, consintieron en arrojar su peso en la misma balanza, ó en mantenerse neutrales <sup>1</sup>.

Asegurado así Luis XII de toda molestia por la parte de Italia, abrió tratos con las demas potencias de Europa que se hallaban en disposicion de oponerse á sus planes. El emperador Maximiliano, que por sus relaciones con Milan podia hallarse inclinado natural-

<sup>1</sup> Guicciardini, Isteria, t. 1, lib. 4, p. 214, ed. 1645.—Flassan, Dip. Française, t. 1, pp. 275, 277.

mente á interponerse en su favor, estaba muy ocupado en una guerra con los suizos. La neutralidad de España se aseguraba por el tratado de Marcoussis, de 5 de Agosto de 1498, con que se arreglaron todas las diferencias pendientes con este país. Y otro tratado que se celebró con la Saboya en el año siguiente garantizaba el libre paso por los desfiladeros de las montañas de aquella parte al ejército franceses que penetrara en Italia <sup>2</sup>.

Concluidas estas disposiciones, Luis no perdió tiempo en hacer el alarde de sus fuerzas, que descendiendo cual torrente impetuoso sobre las fértiles y pintorescas llanuras de la Lombardía, hicieron la conquista de todo el ducado de Milan en poco mas de quince dias; y aunque hubo un momento en que les fué arrancada la presa de las manos, sin embargo, el valor frances y la perfidia suiza no tardaron en restituírsela. El miserable Sforza, víctima de las malas artes que por tanto tiempo habia ejercido, fué llevado á Francia, en donde pasó el resto de sus dias en triste cautiverio: habia atraído á los bárbaros á Italia; por justo castigo fué su primera víctima <sup>3</sup>.

Con la conquista de Milan, Francia tomó asiento entre las potencias de Italia, echando de esta manera en la balanza de la política de aquellos países un peso preponderante que turbaba su antiguo equilibrio, y que podia destruirle completamente si llegaban á realizarse sus proyectos sobre Nápoles. Estas consecuencias, á que los Estados de Italia, con estrañeza de todos, no daban la menor atencion, habian sido advertidas hacia mucho tiempo por la vista perspicaz de Fernando el Católico, que vigilaba con el mayor cuidado sobre todos los movimientos de su poderoso vecino. Ya antes de la invasion de Milan procuró hacer conocer á los diferentes gobiernos de Italia su comun peligro, y traerlos á algun concierto capaz de librarlos <sup>4</sup>. Así el

<sup>2</sup> Dumont, Corps Diplomatique, t. III, pp. 397, 400.—Flassan, Diplomatie Française, t. 1, p. 279.

<sup>3</sup> Guicciardini, Isteria, lib. 4, pp. 250, 252.—Mémoires de La Trémoile, chap. 19, en Petitot. Collection de Memoires, t. XIV.—Buonaccorsi, Diario de successi più Importanti (Firenza, 1568), páginas 26, 29.

<sup>4</sup> Zurita, Hist. del rey Hernando, t. 1, lib. 3, cap. 31.

Mártir, en una carta escrita poco despues de haber recobrado Sforza su capital, dice que los reyes de España "no pudieron disimular su alegría por este suceso: tantos eran sus celos contra Francia." (Opus Epistolarum, epist. 213.) Este mismo sagaz escritor, que

Los franceses conquistan á Milan.

1499.  
Setiembre.

Recelos de la corte de España.



PARTE II. rey como la reina habian visto con inquietud la creciente corrupcion de la corte romana y aquella no recatada codicia y ambicion que la convertia en instrumento á propósito para el rey de Francia.

Quejas contra el Papa. 1498. Por su orden el embajador de España Garcilaso de la Vega habia leido á su Santidad una carta de sus soberanos en que se censuraba la escandalosa conducta del Pontífice, su usurpacion de los derechos eclesiásticos pertenecientes á la corona de España, sus proyectos de engrandecimiento, y especialmente su conocido propósito de hacer pasar á su hijo César Borgia de su dignidad eclesiástica á otra temporal: circunstancia que por el modo con que debia de tratarse necesariamente habia de convertir al Papa en instrumento de Luis XII<sup>5</sup>.

Impavidez de Garcilaso de la Vega. Esta desagradable advertencia, que probablemente no perdió de su dureza por el tono con que fué presentada, irritó tanto al Pontífice, que procuró coger el papel y hacerle pedazos, prorumpiendo en las invectivas mas indecorosas contra el ministro y sus soberanos. Garcilaso aguardó tranquilamente á que se pasara el arrebató, y luego contestó impávido: "que no habia hecho mas que espresarse como correspondia á un leal servidor de Castilla; que no dejaba nunca de declarar libremente lo que sus soberanos le mandaban, ó lo que él entendia que era en bien de la cristiandad; que si esto disgustaba al

vivia á bastante distancia de Italia para que las facciones políticas y preocupaciones de aquel país no le cerraran los ojos, como se los cerraban á sus compatriotas, vió con gran sentimiento la alianza de éstos con los franceses, cuyas fatales consecuencias predijo en una carta á un amigo suyo residente en Venecia, y que antes habia sido ministro en la corte de España. "El rey de Francia (dice), despues de haber comido con el duque de Milan, irá á cenar con vosotros." (Epist. 207.) Daru, apoyándose en la autoridad de Burchard, atribuye esta notable prediccion, que el tiempo justificó plenamente, á Sforza en el momento de abandonar su capital (Hist. de

Venise, t. III, p. 326, 2ª edicion); pero la carta de Mátyr es algunos meses anterior á este suceso.

5 Luis XII, en recompensa de los buenos oficios que el Papa le habia prestado para divorciarse de la infeliz Juana de Francia, prometió á César Borgia que no habia llegado á la púrpura cardenalicia, el ducado de Valencia en el Delfinado, con una renta de veinte mil libras y un auxilio considerable de tropas para sostener sus criminales intentos contra los príncipes de la Romaña. Guicciardini, Istoria, t. I, lib. 4, p. 207. — Sismondi, H. st. des français, tomo xv, p. 275.

Pontífice, podia mandarle retirar de su corte, en donde en tal caso estaba convencido que su permanencia no podria ya ser útil<sup>6</sup>." CAP. X.

Negociaciones con Venecia y con el emperador. No tuvo Fernando mejor suerte en Venecia, en donde dirigia sus negocios Lorenzo Suarez de la Vega, hábil diplomático, hermano de Garcilaso<sup>7</sup>. Aquellas negociaciones se continuaron despues de la ocupacion de Milan por los franceses, aprovechándose entonces el ministro de los celos producidos por este suceso, para escitar al gobierno veneciano á que se opusiera abiertamente á la agresion que se intentaba contra Nápoles. Pero la república se hallaba muy embarazada con la guerra de los turcos, que Sforza, con esperanza de causar una diversion de que pensaba aprovecharse para otras operaciones, habia atraído sobre aquel país. Tampoco obtuvo mejor resultado el gobierno de España en esta coyuntura con el emperador Maximiliano, cuyas grandiosas pretensiones hacian un contraste ridiculo con su escaso poder, y con sus rentas aun mas escasas, y que en verdad eran tan reducidas que le merecieron entre los italianos el desprecia-tivo epíteto de emperador *pochi danari* ó sin dinero. Bien se dió al principio por altamente ofendido ya en sus derechos imperiales, ya en su alianza y relaciones con Sforza; mas con la versatilidad y codicia propias de su carácter, se dejó arrastrar, no obstante las representaciones de la corte de España, á concluir una tregua con el rey Luis, que dió á éste ancho lugar para acometer su empresa contra Nápoles<sup>8</sup>.

Desembarazado así de sus mas temibles obstáculos, el monarca fran-

6 Zurita, Hist. del rey Hernando; t. I, lib. 3, cap. 33.

Garcilaso de la Vega parece que estuvo muy poco dotado de la diestra y hábil política de un diplomático. En otra audiencia, á que posteriormente le recibió el Papa, en union con otros enviados especiales de Castilla, sus bruscas quejas y reclamaciones exasperaron tanto á su Santidad, que este dejó traslucir que le hubiera costado poco hacerle arrojar al Tiber. Sin embargo, aparece que la atrevida conducta del embajador castellano produjo su efecto, porque vemos que poco despues el Papa revocó una

provision ofensiva que habia hecho de una prebenda eclesiástica de España, tomando de esto ocasion para elogiar á los Reyes Católicos en pleno Consistorio. Ibid., lib. 3, cap. 33, 35.

7 Oviedo consagró uno de sus diálogos á hablar de este caballero. Quincuagenas, MS., bat. 1, quinc. 3, diál. 44.

8 Zurita, Hist. del rey Hernando, t. I, lib. 3, cap. 33, 39.—Daru, Histoire de Venise, t. III, pp. 336, 339, 347.—Muratori, Annali d'Italia (Milano, 1820), t. XIV, pp. 9, 10.—Guicciardini, Istoria, t. I, lib. 5, p. 260.



PARTE II.  
Luis amenaza  
abiertamente  
a Nápoles.

ces apresuró la conclusion de sus preparativos, cuyo objeto no trataba siquiera de ocultar. D. Fadrique, el desdichado rey de Nápoles, vió con espanto que estaba amenazado de perder el imperio antes de haber tenido tiempo de saborear sus delicias: en su triste situacion no sabia á quien volver los ojos para que le amparara contra la tormenta de que se veía amenazado: su tesoro estaba exhausto y su reino devastado por la última guerra; sus súbditos, aunque adictos á su persona, estaban muy acostumbrados á las mudanzas de gobierno para que quisieran aventurar en su defensa sus vidas ni sus haciendas; las otras potencias de Italia estaban ganadas á los intereses de su enemigo; y su mas próximo vecino, el Papa, habia hallado en sus rencillas personales motivos para la mas mortal enemiga<sup>9</sup>. No tenia mayor confianza en el rey de España, su deudo y aliado natural, porque no ignoraba que habia mirado siempre la corona de Nápoles como herencia que de derecho le pertenecia. Resolvió por lo tanto dirigirse al mismo rey de Francia, procurando congraciársele con las mas humildes deferencias. Ofreciale que le pagaria un tributo anual, y que pondria en sus manos algunas de las principales fortalezas del reino. Mas viendo que sus ofertas eran oidas con frialdad, en el estremo de su dolor imploró el auxilio del sultan de Constantinopla Bayaceto, terror de la cristiandad, pidiéndole auxilios de tropas con que resistir á su comun enemigo. Este desesperado recurso no produjo otro resultado que el de dar á los enemigos de aquel infeliz príncipe un motivo plausible para acusarle, de que no dejaron de sacar gran partido<sup>10</sup>.

El gobierno español dirigia entretanto, por medio de su ministro y de agentes enviados espresamente para este objeto, las mas enérgicas representaciones contra la espedicion que intentaba Luis XII.

<sup>9</sup> Alejandro VI habia pedido la mano de Carlota, hija del rey D. Fadrique, para su hijo César Borgia; mas este era un sacrificio, cuya sola idea ofendió el orgullo y el afecto paternal. Este desprecio no era fácil que le olvidaran los implacables Borgias. Véase á Giannone, *Istoria di Napoli*, lib. 29, cap. 3.—Guicciardini, *Istoria*, t. 1, lib. 4, p. 223.—Zurita, *Hist. del rey Hernando*, t. 1, libro 3, cap. 22.

<sup>10</sup> Guicciardini, *Istoria*, t. 1, lib. 5, pp. 265, 266.—Giannone, *Istoria di Napoli*, lib. 29, cap. 3.—Zurita, *Historia del rey Hernando*, t. 1, lib. 3, cap. 40.—Giovio, *Vita Magni Gonsalvi*, lib. 1, p. 229.—Daru, *Histoire de Venise*, t. III, p. 338.

Llegó el gobierno español á constituirse fiador del pago puntual del tributo ofrecido por el rey de Nápoles<sup>11</sup>. Pero la ambicion desordenada del monarca frances, traspasando todos los límites de la prudencia, y aun del sentido comun, no quiso aceptar los frutos de la conquista sin el nombre de ella.

Fernando se hallaba reducido al parecer á la alternativa de abandonar completamente la presa al rey frances, ó de hacer á éste la guerra en defensa de su pariente el de Nápoles. En la primera de estas disposiciones, que permitiria á un rival inquieto y poderoso establecerse tranquilamente á la vista de sus dominios de Sicilia, no habia que pensar. La última, que le empeñaba por segunda vez á sostener derechos contrarios á los suyos, casi no le era menos desagradable. En tal estado se presentó un tercer medio: la particion de aquel reino, de que ya se habia dado alguna idea en las negociaciones con Carlos VIII<sup>12</sup>. Por este medio el gobierno español, si no podia arrancar toda la presa de las manos de Luis, á lo menos la partia con él.

Consiguiente á este propósito, se dieron instrucciones á Gralla, que era ministro de España en la corte de Paris, para que sondeara á aquel gobierno acerca de este punto, presentándole como pensamiento particular suyo. Túvose cuidado al mismo tiempo de ganar parciales en los consejos de Francia<sup>13</sup>; y se dió mayor peso y fuerza á las indicaciones del enviado español con la noticia de que se estaba haciendo un grande armamento en el puerto de Málaga. El objeto público de éste era el de ayudar á los venecianos á la defensa de sus posesiones de Levante; pero su verdadero y principal destino era cubrir en todo evento las costas de Sicilia, contra los franceses, y tener dispuesto los medios necesarios para obrar en el instante sobre cualquier punto que las circunstancias exigiesen. La armada se componia de unas

<sup>11</sup> Pedro Mátyr, *Opus Epist.*, libro 14, epist. 218.

<sup>12</sup> Véase el cap. 3, parte II, de esta *Historia*.

<sup>13</sup> Segun Zurita, Fernando se atrajo los servicios de Guillermo de Poitiers, señor de Clerieux y gobernador de Paris, mediante la promesa de darle

la ciudad de Cotron en Italia. (*Hist. del rey Hernando*, lib. 3, cap. 40.) Comines llama á aquel caballero "un buen hombre, que cree con facilidad y en especial á tales personajes," aludiendo al rey Fernando. Comines, *Mémoires* lib. 8, chap. 23.